

La pequeña isla de Arvad, cuyo nombre griego es Aradus, y cuyo nombre moderno es Ruad, fue la residencia de una población rica, industrial y independiente hasta la época romana. Los arvadianos fundaron delante, en la costa, un número bastante considerable de ciudades; entre otras Maratus, la cual debía ser más adelante, rival y enemiga de la metrópoli, y sucumbir en la lucha que empeñó contra ella. Sin duda sobre las ruinas de una de las ciudades destruidas en una época difícil de determinar, posteriormente al tiempo en que Strabon describió las costas de Siria, se levantó Antaradus, cuyo nombre, alterado por los cruzados, se convirtió en Tortosa, que es el que actualmente tiene.

Las excavaciones presentan en Ruad inmensas dificultades. A más de los obstáculos materiales, las casas apretadas unas contra otras, las paredes que se tocan, los jardinillos que tienen todo lo más 1 metro cuadrado de extensión, la mala voluntad de los indígenas y la resistencia enérgica que al desembarcar nos opusieron, imposibilitaron casi nuestra empresa. Hubo agitación y casi combate. Las excavaciones dieron no obstante por resultado dos mármoles egipcios, dos estatuas egipcias y un número bastante considerable de cipos con curiosas inscripciones griegas. La isla, como hemos dicho, se hallaba en otro tiempo rodeada de una muralla, de la cual se encuentran aun escombros, que la protegía á la vez contra el mar y contra las escuadras enemigas. Asombra la idea de los grandes trabajos que debió costar, pues allí, mejor que en ningún otro punto de Siria, impresiona la grandeza que la alta antigüedad comunicaba á todas sus obras. Una avenida interior, de una enorme anchura, está vaciada en la roca, en cuyo fondo se encuentran aposentos y almacenes. «La muralla, escribe M. R., se compone de prismas cuadrangulares de 4 á 5 metros de longitud, sobrepuestos algunas veces sin arte, y otras veces por lo contrario, unidos con el mayor esmero. No es dudoso que aquello es un resto de la antigua Arvad, una obra verdaderamente fenicia, que puede servir de criterio para distinguir las demás construcciones del mismo origen.»

Las excavaciones ejecutadas en Amrit dieron todo el resultado que se podía esperar de ellas. En medio de aquellos campos desiertos, en que á cada paso se nota la huella de los antiguos, y que los indígenas no se aventuran á cruzar sino temblando, si alguna dificultad se presentaba, no tanto consistía en los obstáculos materiales que con tanta frecuencia habían casi paralizado los trabajos de la misión, como en la elección de los puntos interesantes que se ofrecían. «El desierto, dice M. R., ha sido siempre el mejor conservador de las antigüedades.» Allí, en efecto, en aquella inmensa llanura cubierta de maleza, de bos-

ques y de prados, los edificios de Marathus, sobreviviendo á todas las destrucciones, han quedado en pie. Tumbas, templos, altares, protegidos por la soledad que no ha sido un solo instante turbada desde la caída de la ciudad fenicia, no han tenido que sufrir más menoscabos que los que ocasiona la lenta acción del tiempo. En medio de un vasto átrio, que tiene 48 metros de anchura y unos 55 de longitud y enteramente vaciado en la roca, se encuentra una especie de cabaña, compuesta de cuatro piedras, que descansa sobre una base adherida al suelo. El techo, peñasco gigantesco, es monólito. «La disposición del edificio, dice M. R., indica claramente una arca ó tabernáculo análogo á la arca de los hebreos, destinado á contener los objetos sagrados y tal vez las tablas de metal en que se escribían las leyes religiosas.» Mas adelante se encuentran también, medio hundidas en una ciénaga, dos cabañas de estilo puramente egipcio. Hacia el centro de las ruinas se levantan los más curiosos y bellos edificios que quedan de Marathus. Son monumentos fúnebres. «Uno de ellos, dice M. R., es una verdadera obra maestra de proporción, elegancia y magestad. Se compone de un basamento redondo, con cuatro leones monumentales de un efecto sorprendente, y de un cilindro coronado de una media esfera, constituyendo el cilindro y el hemisferio un monólito colosal de 7 metros de altura.» A más de estos monumentos, se encuentra también en la llanura un mausoleo, llamado la Torre del caracol (Burdj el besak), que tiene la forma de un cubo con una pirámide en cima. «Este curioso edificio ofrecerá un gran número de interesantísimos problemas para la historia de la arquitectura. Aunque construido con mucho esmero y de un estilo perfectamente homogéneo, las piedras que lo componen están labradas bajo sistemas muy diferentes.» (Informe de M. R.) Mas al Este, en la llanura, un inmenso estadió vaciado todo entero en la roca con sus gradas, sus puertas, sus corredores, una casa con sus tabiques, sus paredes, sus ventanas, tallada también en la piedra viva, una cantidad innumerable de bóvedas, de lizas, de obras con frecuencia inexplicables, completan la colección por tantos títulos preciosa de los monumentos fenicios de Marathus.

Marathus, que Alejandro halló aun floreciente, rica y sometida á los arvadianos, habiendo sacudido su yugo, no conservó largo tiempo su vida autónoma. Strabon la halló ya destruida. Desde entonces, contra lo que suele suceder á las ciudades sirias, no se ha vuelto á levantar, ya sea porque su destrucción fuese más completa, ya porque la plaga de calenturas que devasta el país no haya ofrecido estímulo á los maratianos. Como quiera que sea debemos dar gracias á los conquistadores, que condenando á Marathus á una

muerte definitiva, la han permitido llegar sin transformación hasta nosotros.

A últimos de mayo, el *Colbert* reapareció entre Ruad y la costa para llevarse la compañía y anunciar el regreso del ejército á Francia. Yo volví á Beyrut con él, y tres días después me embarqué para Amrit en un buque árabe, el cual, aunque apenas tenía espacio para sus tres marineros, contenía una quincena de pasajeros cristianos y musulmanes, que hacinados en la cubierta, no podían permanecer en ella sino bajo la condición de no moverse. Me coloqué en la popa, y cuando se levantó á cosa de las diez de la noche, cuando se hubieron cambiado las velas y se fijó por medio de una cuerda la caña del timón, vi que todo el mundo, pasajeros, marineros y hasta el capitán se habían dormido profundamente, y á pesar de que la noche era espantosa y el viento muy fuerte, nadie se despertó. Trípoli, donde llegamos al día siguiente, se halla atravesada por un riachuelo, el *Narh-Kadischa* y sus jardines, su bazar, sus calles abovedadas, sus antiguos puentes, sus cafés establecidos al pie de los árboles, hacen de ella una de las ciudades más encantadoras de Oriente. Se ve agua en todas partes, serpentea á lo largo de los muros, brota de las hendiduras de las piedras, se pasea por las calles, sale por debajo de las puertas. Al ponerse el sol, volví á partir en un pobre barquichuelo que no tenía más que una simple vela y dos hombres de tripulación. Me eché y procuré dormir. ¡Qué noche! balanceado por las olas, obligado á cada instante á levantarme para ayudar á las maniobras, mojado hasta los tuétanos por el agua del mar, que entraba sin cesar en el buque, no tuve ni un segundo de descanso. Asomé el día. Los dos tripulantes entonces, dirigiendo el buque más cerca de tierra, se echaron al agua, ganaron la playa, amarraron un cable al palo y me remolcaron, llegando de este modo á Amrit. La llanura, abrasada por el sol, empezaba á ponerse amarilla; el campo abandonado, en el cual no quedaban ya más que dos tiendas habitadas por M. Gailardot y M. Thobois, el sabio arquitecto que M. R. se había agregado, tenía la apariencia de una ciudad destruida, y lo guardaban algunos *batchi-bouzouks* enviados por el mudzelin de Zafita (ciudad del Akkar). Los *batchi-bouzouks* son pura y simplemente ladrones mantenidos por el gobierno turco. Volney les pinta en una sola frase: «Se les tomaría más fácilmente por bandidos que por soldados; la mayor parte han empezado por el primer oficio y no lo han dejado al tomar el segundo.» Permanecimos allí unas tres semanas, durante las cuales volví con frecuencia á Ruad, cuyos habitantes, no intimidados ya por la presencia del ejército francés, me tiraban piedras desde lo alto de sus casas. Cuando paseaba la calles se quedaban desiertas; á medida que iba andando oía

cerrarse las puertas estrepitosamente delante de mí, y luego, por en medio de los tabiques y las ventanas enrejadas, estas frases que me acompañaban á todas partes: «¡Ya gitane! ¡ya molaun! ¡El diablo! ¡el maldito!»

Una mañana, después de haber galopado al Este de Tortosa por espacio de una hora, llegué á un bosque en el cual los olivos, los almendros y los perales salvajes me ocultaban el país circunstante. Continué andando siempre al azar por en medio de las yerbas, saltando los arroyos, atravesando claros verdes y enteramente bañados por el sol. De repente, al volver un matorral vi á un hombre que se dirigía hacia mí, y habiéndole preguntado si por aquel lado se encontraba alguna aldea, me dijo: «No, pero ven á mi casa y descansarás.» Le seguí. Llegamos al pie de un bosque de olivos, que si como nacieron en Tortosa hubiesen nacido en Jerusalem, hubieran podido ver á Cristo. A trechos maduraban algunas espigas de trigo de Egipto; un odre se balanceaba en la más alta rama de un peral que parecía brindar á los que pasaban con sus frutos, en tanto que á la sombra de sus hojas una mujer sentada daba el pecho á una criatura recién nacida. «Hé aquí mi casa,» me dijo el hombre, y mientras me apeaba del caballo, sacó un tapiz de debajo de un matorral, é hizo sentarme. Un vaso de madera lleno de leche agria y un cántaro de barro eran todo el ajuar de aquella mansión, cuyas paredes eran de hojas y que tenía por techo el claro azul del cielo. Mi huésped me contó su vida. Acompañado de su vaca, su asno y su mujer, se retiró á los bosques durante el verano, y al llegar el invierno baja al llano, donde un kan medio arruinado le otorga la hospitalidad que nunca niegan las ruinas. Y yo, que al llegar le creía desgraciado, partí envidiando casi su fortuna. ¿No es acaso rico el que puede decir enseñando el cielo que le alumbra, el árbol que le abriga y la fuente que apaga su sed: «Descansa, bebe; estás en mi casa?»

Nada teníamos ya que hacer en la llanura de Amrit. Nos despedimos de nuestros vecinos, y partimos á caballo hacia Lataquie seguidos de dos mulos que llevaban nuestros equipajes. En otro tiempo el Líbano y la Siria debían estar cubiertos de inmensos bosques; el agua, detenida entonces en las alturas, podía todo el año alimentar los ríos; la tierra vegetal cubría las cimas, actualmente áridas; el país era salubre y rico, pero nunca se han plantado árboles para reemplazar á los muertos ó cortados. Nos detuvimos debajo de gigantescos algarrobos, á cuyo pie un manantial de agua dulce daba origen á un arroyo que se pierde en la arena. Aquel manantial se llama la fuente de los Francos, cuyas aguas bebían los cruzados. En nuestra primera jornada debíamos llegar al castillo de Mercab, una de aquellas ruinas inmensas que dejaron

en Siria los caballeros de San Juan. El día empezaba á declinar cuando nos elejamos de la playa. Delante de nosotros se abría un valle verde, risueño, acuoso, abrigado, que en un principio parecía un quebrado, pero que luego crecía, dejando ver poco á poco un paisaje gigantesco: casas perdidas á derecha é izquierda á lo alto de todos los cerros, bosques, torrentes secos, cascadas, árboles que proyectan encima de los precipicios, y algunas veces, entre dos picos, la sombra proyectada por el antiguo castillo de Mercab. Llegamos por la costa á una aldea cristiana perdida bajo naranjos y granados. Era Betssetine. Al día siguiente fuimos á Mercab: por una parte el castillo dominaba la costa, y por otro la montaña. Aunque muy devastado, da una alta idea de lo que fue. Los trozos que han quedado en pie ofrecen el aspecto imponente de los restos de la antigüedad, no por sus bien entendidas líneas, sino por su sencillez y su grandeza. Los materiales empleados en su construcción son pequeños, pero lejos de perjudicar el conjunto, añaden, por lo contrario, algo grande á las proporciones de este por su pequeñez misma y la comparación que obligan á los ojos á establecer entre ellos y él. Mercab desempeñó un papel importante en la historia de las cruzadas. Uno de los últimos baluartes del cristianismo en Siria, no cayó sino poco tiempo antes que Trípoli á los golpes de Kelaun. Abul-Feda, el grande historiador árabe, asistió á su caída, teniendo á la sazón doce años.

«Es, dice, la primera escena guerrera de que fui testigo, hallándome entonces á las órdenes de mi padre Malek-Afdal-Ali.»

La toma de Mercab fue considerada por los musulmanes como una victoria inmensa. Hacia muchos años que la antigua fortaleza tenía todas sus fuerzas ocupadas. Schaafi, en el retrato que hace de las bellas cualidades de Malek-Daher (Bibars), después de dar cuenta de las tentativas infructuosas de aquel sultan para apoderarse de Mercab, exclama:

«Dios reservaba á nuestro amo (Kelaun) un hecho de armas tan importante, como una de las mas bellas conquistas que honran su reinado.»

El 23 de junio llegamos por fin á Lataquíá después de haber pasado un día en Gíblita, pequeña ciudad llena de admirables trozos de arquitectura árabe y en la cual se ve un teatro romano de una conservación increíble, monumento gigantesco que podía contener de quince mil á diez y ocho mil espectadores. Las calles de Lataquíá son estrechas y tortuosas, encontrándose á cada paso ruinas antiguas, ya un arco de triunfo, ya columnas, ya un templo. Una colina con plantaciones de árboles abriga su puerto, y los buques fondean á la sombra. El arrabal, cuya longitud no escede de diez pasos, aunque atestado de fumadores, basta para las necesidades del comercio. Des-

pues de permanecer una semana en Lataquíá, volvimos por mar á Trípoli.

Una de las poblaciones mas originales de Siria es la de los ansarianos ó nezarianos, cuyo nombre deriva quizá de un tal Nezzar, hijo mayor del califa de Egipto Mostanser, cuyo partido abrazaran, ó tal vez de un viejo de la aldea de Nezzar que fue profeta como tantos otros. Los historiadores cruzados les llaman necirenos. En su país y á poca distancia de Tortosa vivía el célebre chaique de la montaña, el rey de los hadchachinos, nombre que por espacio de mucho tiempo se ha tomado por sinónimo de asesinos. Su religion y su origen son poco conocidos, y se dividen en varias sectas; algunos adoran el sol, otros un perro, otros la luna.

Los kadmusianos, cuya religion, muy superior sin duda á la de los nezarianos, parece remontarse á las primeras edades de la civilización, viven en medio de ellos. Adoran á la mujer, culto que es sin duda extravagante, pero infinitamente preferible al tributado al perro.

## VII.

Viaje al Kalat-el-Hosn.—A Hama y Homs.—Los cedros. Baalbeck.

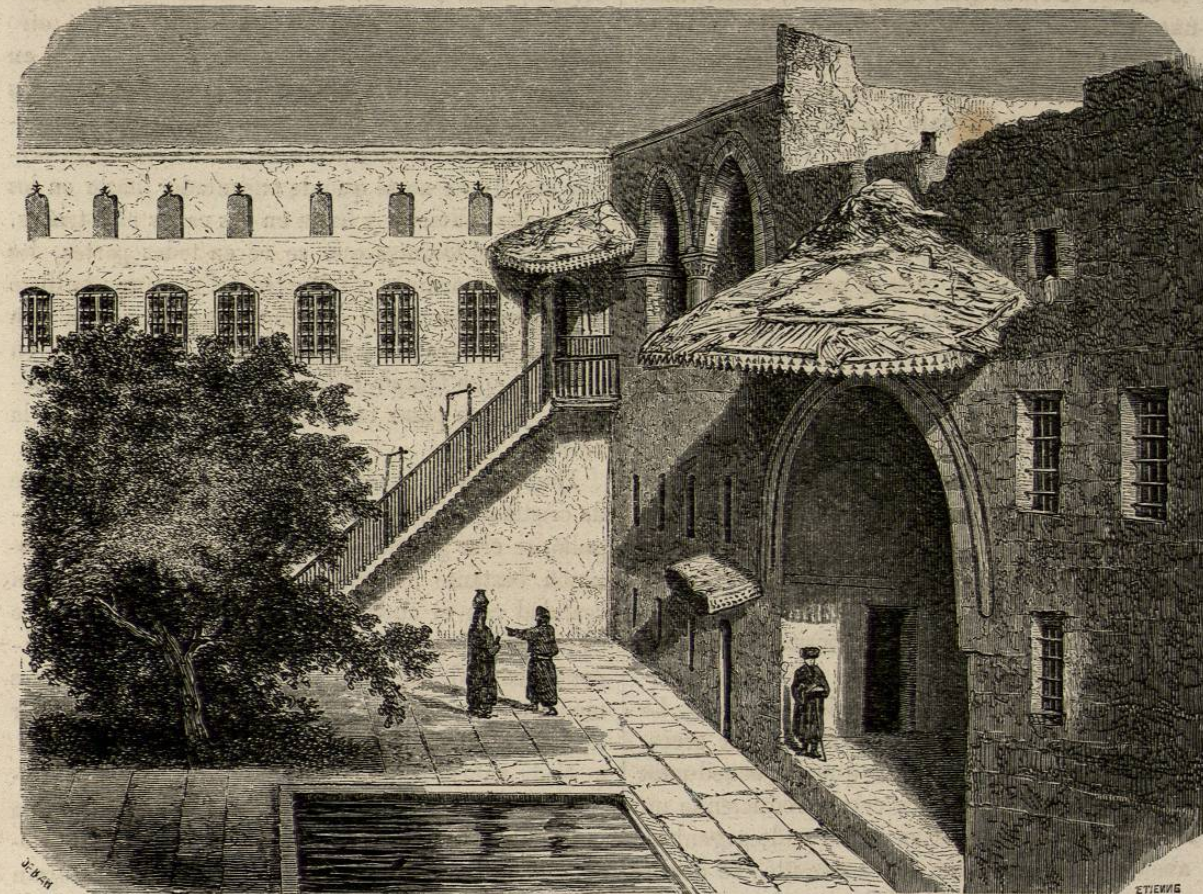
El año anterior, en un viaje que hice á Hama, habia ya pasado por Trípoli. Éramos tres, acompañados de mulos, de dos moukres y de un gufa que, aunque vigoroso y bien organizado para andar, tenía el capitalísimo defecto de no conocer el camino. Nos dirigimos al Noreste, con intencion de detenernos algun tiempo en Kalat-el-Hosn, la ciudadela mas gigantesca tal vez que en Siria levantaron los cruzados. Después de haber permanecido por espacio de dos dias extraviados entre los ansarianos, en un país en que no se encuentra ni señal de camino, nos encaramos á una alta montaña, y al llegar á su cima, nos encontramos en presencia de un castillo enorme, entero, al cual no faltaba ni una almena, y que aun hoy domina las vagas llanuras en que termina la doble cadena del Líbano y empieza el desierto. El Kalat-el-Hosn es aun mas célebre que Mercab en la historia de las cruzadas, habiendo sostenido luchas continuas con los musulmanes de Homs y de Hama. Nourredino, acampado á sus pies en la llanura, fue puesto en fuga por los caballeros de San Juan. En medio del día, cuenta Ibn'Alatsir, los soldados acostados dentro de sus tiendas vieron de repente desplegarse en la cima de la montaña las banderas y las cruces de los francos. El ejército árabe sorprendido se dispersó, y el sultan, perseguido hasta el lago de Homs, exclamaba al ver en el horizonte deshacerse aun entre las nieblas de la tarde la sombra del Kalat-el-Hosn: «¡Juro por Dios no dormir bajo

techo hasta que haya vengado el islamismo y me haya vengado á mí propio!»

Bibars tomó la ciudadela por asalto.

Se llega á Kalat-el-Hosn por una puerta que se abre en el extremo de una escalera ancha y deteriorada, y al salir de una galería larga, abovedada, tortuosa, cuyo inclinado pavimento se pierde en una oscuridad profunda, se presentan monumentos inmen-

tos en que á primera vista parece que todas las arquitecturas se confunden, en que se pintan para ser vistas á la vez torres, capillas, escaleras, castillejos, sin que el asombro que causan tan gigantescos hacimientos permita comprenderlos y explicarlos. En un principio todo parece dismantelado, triste, desierto, pero luego se nota una población entera que vive entre las ruinas como los gusanos sobre un ca-



Interior de una casa en Hama.—De Fotografía.

dáver. Las iglesias sepultadas hasta medio cuerpo en el estiercol sirven de cuadras, las cuadras de cuartos, las almenas y las garitas de habitaciones. Ya se ve una saetera ó tronera en que mora toda una familia, ya un aposento embutido en las cornisas como un nido de golondrinas; se ven asomar cabezas entre las hendiduras de los muros, los rebaños se pasean por los patios, y voces, gritos, rumores, un zumbido inmenso sale de la ciudadela como de una gigantesca colmena.

Se nos hizo entrar en una sala, donde vagamente iluminados por una lámpara que sostenía un candelabro de cobre, estaban en fila, sentados y recostados en las paredes, una cuarentena de hombres, envuel-

tos los unos con el machla (gran capa rayada), los otros con la cara medio tapada con el couffis, otros ostentando trages recamados de oro, otros casi desnudos. Los ropajes, cuyos colores sombríos se confundían con las sombras que ellos mismos proyectaban en las paredes, los anchos turbantes y los turbouschs echaban un marco diferente á todas aquellas figuras que el resplandor de las lámparas volvía siniestras. A pesar mio, se reproducían en mi memoria las *Mil y una Noches*, Ali-Baba, y sobre todo los cuarenta ladrones. Por la tarde llegó un caballero para explicarnos de parte de algunos frailes griegos que vivían en un convento oculto en las montañas, á poca distancia del castillo, que fuésemos á comer con

ellos. No quiero hablar mal de aquellas buenas gentes, que tan cordialmente nos ofrecieron una comida que se la pagamos, pero el clero griego cismático es el clero mas ignorante que pudiéramos imaginarnos. Aquellos desgraciados frailes llevan cerca de Kalat-el-Hosn, una existencia bastante penosa y erizada de peligros. Al menor disturbio, á la mas insignificante apariencia de guerra están amenazados, y algunas veces sitiados en su convento. Este ha tomado por lo mismo cierta actitud de ciudadela, consistiendo en una construccion cuadrada, aspillerada, y en la cual no se penetra sino por una pequeña abertura que tiene todo lo mas 3 pies de elevacion, y de la cual los frailes salieron á gatas para recibirnos. Al dia siguiente dejamos el Kalat-el-Hosn, y poco despues entráramos en la llanura. A trechos se levantan algunas colinas coronadas de aldeas que apenas cogen en las agudas crestas, y despues ninguna habitacion, ningun campo cultivado. Solo se pasean en aquellos terrenos baldios durante la primavera y el verano algunos beduinos.

A los dos dias, mas allá de dos alturas cónicas que percibíamos hacia ya tiempo, Hama se presentó á algunos pasos de nosotros, tranquilamente sensata á orillas del Oronte. Vista desde una de las prominencias que le guarecen de los vientos de la llanura, Hama se estiende cruzando á los pies. Es una gran ciudad cuyas casas tienen el mismo color del terreno en que están edificadas; se levantan en todas direcciones mezquitas, minaretes y cimborios; en medio, entre jardines cubiertos de verdura, corre magestuosamente el Oronte rodeado de árboles seculares. Le atraviesan acueductos de dos y tres filas de arcos. Enormes ruedas, mas altas aun que los acueductos en que se apoyan, ruedan sin cesar produciendo un ruido semejante al que harian millares de gigantescos abejorros. A lo último del horizonte, se divisa por un lado la cordillera del Líbano que se desliza azul sobre el azul del cielo, y alrededor de la ciudad el desierto, pedregoso, sembrado de áridas colinas, vasto, profundo, imponente y triste como el mar. Bajamos á la orilla del Oronte, rodeado de jardines en que se hallan mezclados todos los árboles de Europa, Asia y Africa. En todos sentidos le cortan diques, y el agua contenida por un lado y libre por otro forman estrepitosas cascadas, rueda sobre las piedras ó penetra dentro de las casas por conductos subterráneos. Hama es sin disputa la mas deliciosa ciudad de Oriente; yo la prefiero á Damasco. Nada en Hama, ni aun el pavellon de un consulado recuerda la Europa ni las ciudades sirias. Aislada en el desierto, está poblada de tribus nómadas, curdos, beduinos, turcomanos, y nada ha variado en ella desde que la gobernaba Abul Fedá. Los inmensos acueductos que la cruzan en todas direcciones,

las enormes norias destinadas á tomar agua en el Orontes para distribuirla por todos los barrios, los diques, los jardines que rodean el rio, los puentes, las admirables puertas de los bazares, los extraños trages que se encuentran, las habitaciones cónicas formadas de barro en que moran los pobres, las mezquitas, los minaretes de variadas formas, son aun actualmente los mismos de aquel tiempo en que Saladino luchaba con todas las fuerzas de Oriente contra los pequeños reinos de los cruzados. Cualquiera al llegar á Hama se cree trasportado no solo á otro mundo, sino tambien á otra época. Nos hallamos en la edad media. La poblacion es rica. Hama apenas comercia mas que con los beduinos, los cuales generalmente la invaden todos los años al llegar la primavera. Tiene no sé qué de encantador hasta en los sitios mas solitarios y hasta en las calles mas tristes. El agua del Orontes que se ve en todas partes, los árboles, los jardines y sobre todo el continuo bullicio de las grandes ruedas derraman por la ciudad una alegría pacífica, tranquila, muy desconocida en Francia, que templá el ánimo, lo ocupa sin absorberlo, y hace pasar insensiblemente el tiempo y la vida.

Hama está habitada por un número considerable de cristianos. Como durante la guerra no se les desgolló, se cree generalmente que se hallan en una posicion bastante lisonjera, siendo asi que viven en realidad con el cuchillo á la garganta. El ser rico es para ellos un peligro, y el parecerlo una imprudencia capital. Asi es que afectan un exterior el mas modesto y hasta el mas miserable para no sobrescitar los avaros instintos de sus opresores.

Nada habria podido hacernos sospechar esta deplorabile posicion, si la víspera de nuestra partida no nos lo hubiese revelado una aventura bastante curiosa. Nuestra llegada á Hama habia metido algun ruido, y la casa en que nos alojamos se llenó de curiosos. El propietario, honrado y antiguo griego católico, sin dejar escapar una sola queja, procuraba en alta voz colmar de elogios á los musulmanes, lo que me admiraba tanto mas cuanto que él nos atribuía una mision política. En su casa habia visto algunos agentes del pachá, y entre ellos habia distinguido á un cristiano pobremente vestido, á quien estuve tentado á hacer una limosna. Una noche nuestro huésped, con un inmenso farol en la mano, subió misteriosamente al cuarto que nosotros ocupábamos y nos suplicó que le siguiéramos. Salimos con él, y despues de haber estado dando vueltas por las calles de Hama durante tres cuartos de hora, nos detuvimos delante de una casita construida con tierra y paja picada. Tardaron mucho en abrirnos, y luego, despues de estar esperando largo rato en un patio sucio y estrecho, penetramos en una sala amueblada

con la mayor riqueza. El oro brillaba en todas partes; pinturas, flores de plata, adornos raros y deslumbradores cubrian las paredes; rinconeras de colores entreverados como las que se labran en Argel cedían casi al peso de mil objetos preciosos; habia alrededor del aposento un divan cubierto de seda y mil juguetes de oro y plata cubrian numerosas mesillas incrustadas de nácar. El dueño de la casa, echado sobre tapices de Persia, saboreaba la comida que le servia una negra, la cual le escanciaba con frecuencia un licor que llaman araki y vino de oro. ¡Cuál no fue nuestro asombro al reconocer en él al infeliz cristiano que vimos en casa de nuestro huésped y cuya posicion nos habia parecido tan precaria! Él era, si así puede decirse, el jefe de los cristianos de Hama, el que trazaba á todos su conducta. Se cerraron las puertas, y luego, creyéndose á cubierto de todo espionaje, con la esperanza sin duda de que podríamos transmitir sus quejas á Francia, nuestros dos huéspedes tiraron á la vez la máscara que llevaban en público y nos manifestaron todo lo que su situacion tenia de horroroso. No habia para ellos ni seguridad en el presente ni esperanza en el porvenir. Nos refirieron los ultrajes de que se les colmaba todos los dias, de qué modo en los bazares se les colocaba en el cuello la hoja de un sable amenazándoles con una muerte próxima, y cómo á la fuerza se les arrebatava lo que poseían. El hombre en cuya casa estábamos se habia visto obligado á poner en seguridad á su mujer y á su familia separándose de ella. No atreviéndose á presentarse sino vestido de la manera mas humilde para no llamar la atencion, inventando sin cesar nuevas estratagemas para impedir que algun musulman penetrase en su morada, temiendo las delaciones, desconfiando hasta de sus criados, todas las mañanas se preguntaba si le asesinarían por la tarde. Los dos cristianos hablaban precipitadamente, con frecuencia los dos á un tiempo, en voz baja, como si temieran que se les oyese. De repente se oyó llamar con estrépito, la negra entró despavorida, y antes que tuviese tiempo de pronunciar una palabra, aparecieron dos soldados turcos en el umbral de la puerta. Los cristianos se pusieron pálidos, y antes que saliesen de su espanto se inclinaron profundamente delante de los recién llegados. Entonces presenciábamos una escena curiosa. Mientras los soldados, sucios, repugnantes, llenos de grasa, como todos los soldados turcos, paseaban sus miradas por los objetos preciosos que adornaban el cuarto, sin hacer ningun caso de las genuflexiones de nuestros huéspedes, estos les ofrecían café y les hacían sentarse. Los soldados bebieron, fumaron y platicaron el uno con el otro. Sus ojos no podían desprenderse del oro y de la plata que brillaban en todas partes. Los cristianos se miraban, sin atreverse á decir una palabra. Por úl-

timo, nosotros preguntamos á los soldados qué era lo que querían. Nos dijeron que enviados por el pachá para entregarnos una carta, y no habiéndonos encontrado en la casa, despues de haber apaleado á la mujer y á los hijos de nuestro huésped, les habian obligado á conducirles donde nos hallásemos. Salieron á una intimacion nuestra, y nosotros partimos poco despues, dejando á los dos cristianos consternados. No puedo pensar sin dolor en los resultados posibles de nuestra visita.

Al dia siguiente fue necesario marcharnos de Hama. Las llanuras que la rodean, confundidas con el desierto de Siria, de que con la continuacion y el fin, tan tristes y desiertos como él, ofrecen á cada paso ruinas. Verdes en la primavera y cubiertas de flores, son en otoño y en verano áridas y amarillas. En ellas se ven hileras de columnas derribadas á la altura de sus basamentos, restos de murallas ó de ciudades modernas con sus bazares, sus casas, sus minaretes, sus mezquitas, pero vaciando, llevando en todas partes sellos de incendio, todas enteras en pie y todas enteras abandonadas. Las ruinas antiguas y las recientes se tocan, y tanta tristeza inspiran las unas como las otras. Sobre todo mas al Sur, á la entrada de la Beka, vasta avenida que separa el Líbano del Anti-Líbano, toma el pais un carácter mas melancólico aun; todas las ciudades cuyas ruinas se encuentran han muerto de muerte violenta; no se halla ni un camino trazado, ni una mazorca de yerba en que descansa la vista desde que empieza abril. Los beduinos levantan sus tiendas cerca de las habitaciones que han destruido, y millares de dromedarios pasan alrededor de sus vastos campamentos.—Tres veces he recorrido aquellas llanuras. En ciertos puntos, los mas próximos á la montaña, he notado con frecuencia como un esbozo de senda, y en la márgen, de trecho en trecho, se veían columnitas compuestas de guijarros sobrepuestos, que tenían apenas 2 metros de altura. Mas lejos, en un sitio en que parecia que se habia escarabado la tierra, estaban dispuestas de modo que formaban un círculo. Siempre he creído que allí estaban las sepulturas de aquella raza egipcia ó bohemia, tan conocida en la edad media, que se encuentra en Siria en toda su pureza, la cual meticulosa y despreciada, no hallando en parte alguna asilo para sus muertos, los confía á la soledad.

Homs, la antigua Hemesia, á la cual llegamos despues de una penosa jornada, es una ciudad triste, taciturna, construida de piedras amarillas y negras, ó de barro mezclado con paja picada. Es como Hama el punto de cita de los curdos, de los beduinos y de los turcomanos.—Un antiguo castillo, edificado por los cruzados, la domina; sus jardines, verdes en medio de la llanura, como una oásis, se estiende por el lado del Orontes. Antes de alcanzar la Beka y las prime-